

LA COMETA

*La oscuridad no le protegería.
Entraría en una noche de innumerables
redes, de ojos cambiantes. No estaba
seguro de si debía hacerlo, de si se
atrevería.*

James Salter

Santiago aguzó la vista, pero el brillo de las manecillas y los números fosforescentes del reloj era demasiado tenue para sus ojos miopes. Tuvo que asirlo y llevarlo hasta un palmo de su rostro para comprobar que eran más de las tres de la madrugada. Hacía por lo menos una hora que estaba despierto en la oscuridad y sus oídos se habían acostumbrado a reconocer los sonidos que rompían el silencio de la noche. El ritmo de la respiración de su mujer, que dormía a su lado, se mantenía sosegado y uniforme. Por la ventana abierta entraba una ligera brisa que hinchaba la cortina de tul y, cuando un vehículo doblaba la esquina, las luces de los faros barrían las paredes y el techo de la habitación. Esto duraba apenas unos segundos. Luego se oía el ronroneo del motor que aumentaba al pasar delante de la casa y el cambio de marcha que hacía el conductor antes de acelerar y desaparecer al final de la calle.

A lo lejos se escuchó el aullido lastimero de un perro y, cuando este cesó, Santiago captó el sonido persistente de un grillo emboscado en los arbustos que crecían bajo de la ventana. Hacía bastante calor y tenía un cinturón de sudor alrededor del cuello. Entonces se apoyó en las manos y, sin hacer movimientos bruscos, se alzó hasta quedar sentado. Buscó a tientas en la mesa de noche hasta dar con sus anteojos. Su mujer continuaba

sumergida en un sueño profundo y Santiago reparó en la línea húmeda que cubría la parte superior de su boca.

Se apartó de la cama con cuidado, se calzó las pantuflas y avanzó despacio, para no tropezar con los muebles. Salió al pasillo y, al pasar delante del cuarto de Roberto, que dormía con la puerta abierta, se detuvo un instante y escuchó. Su hijo emitía unos ronquidos sordos y prolongados. Luego siguió adelante hasta que desembocó en la escalera y descendió con cuidado, aferrándose al pasamanos. No quería encender las luces. Se sentía más cómodo envuelto por la penumbra.

En la cocina abrió la nevera y la luz interior lo deslumbró brevemente. Sacó una lata de *ginger ale* y la hizo rodar por su frente sudorosa antes de abrirla. Bebió un largo sorbo y buscó los cigarrillos que solía dejar junto al teléfono. No tenía ni una pizca de sueño. Iba a encender un cigarrillo cuando lo invadió una sensación extraña. Algo comenzó a agitarse bajo su pecho, golpeando y atropellando como si quisiera abrirse camino a través de la piel. Presa de un creciente desasosiego, salió al patio trasero y subió precipitadamente la escalera de caracol que conducía a la azotea.

Arriba, mientras recuperaba el aliento, contempló el cielo hondo y despejado que parecía descubrirse ante él y ofrecerle sus brazos oscuros tatuados de pequeñas estrellas. Después, la excitación fue disminuyendo y Santiago sintió que una calma desconocida se apoderaba de su cuerpo. Con paso vacilante, se acercó al muro bajo que bordeaba la parte frontal de la azotea y se sentó, dejando que las piernas colgaran hacia fuera. Aún tenía la lata de refresco en la mano, pero había perdido los cigarrillos.

Miró a su alrededor y vio los techos de las casas vecinas y los altos edificios que se erguían en la avenida cercana y las luces rojas que parpadeaban en el extremo de las antenas. Santiago se percató de que los ruidos nocturnos se habían desvanecido. Algo, sin embargo, se movía. Eran

las sombras que proyectaban los árboles iluminados por los faroles de la calle. El viento mecía suavemente el follaje y creaba la ilusión de vagas formas que se desplazaban silenciosas a lo largo de la vereda.

Lo que más le llamaba la atención era el silencio. Ni un grito solitario, ni una sirena lejana hendían la noche. Era como si el mundo se hubiera detenido. En medio de la quietud, Santiago percibió cierta vibración en la atmósfera. El aire cálido empezó a retroceder ante el empuje de la brisa que soplabla desde la playa, ascendía la pared del acantilado y llegaba hasta la azotea. Era una suave corriente que iba y venía con una cadencia similar a la del mar. Santiago entrecerró los ojos y se dejó arrastrar por una oleada de levedad. A lo lejos reverberó un sonido grave, de frecuencia regular, como un contrabajo que tocara la misma nota una y otra vez.

Santiago mantuvo los párpados cerrados y se imaginó que era el latido de la tierra. Aspiró con fuerza y el olor del mar y de la noche se agolparon dentro de sus fosas nasales e inundaron sus pulmones. Un leve estremecimiento le recorrió la columna vertebral y su mano dejó escapar la lata de *ginger ale*. Abrió los ojos y vio cómo esta se precipitaba a la calle, en una caída que parecía eterna, como en una filmación con cámara lenta. Siguió la trayectoria, el rebote en el antepecho de la ventana y las vueltas que daba antes de estrellarse contra la acera. Lo raro era que no se oía el menor ruido. La lata brincaba como si fuese un globo, levemente, dos o tres veces, hasta que rodó debajo de un automóvil estacionado junto a la casa.

Vagamente extasiado, Santiago sintió que su cuerpo se relajaba y se tornaba ligero, como si se despojara de una enorme carga. Unos instantes después miró hacia abajo y descubrió que su cuerpo se había elevado unos treinta centímetros por encima del muro. Pensó que se trataba de un espejismo y estiró la mano derecha y la pasó por debajo de su muslo para

corroborar que era un efecto óptico. Sin embargo, su mano se encontró con el vacío.

¿Qué estaba sucediendo? Estiró ahora ambas manos y las deslizó bajo sus piernas, constatando que se había despegado de donde se hallaba sentado. Era increíble, pero no había duda posible: se encontraba suspendido en el aire. ¿Acaso se había vuelto ingrávido como un cosmonauta en el espacio? Trató de incorporarse y, en lugar de posarse sobre el muro, fue impulsado un metro hacia arriba. ¡Estaba flotando! Luego se animó a mover un pie y su cuerpo se desplazó sin dificultad hacia delante. Dio otro paso y se alejó un poco más de la azotea. Lo curioso era que no sentía miedo al vacío sino simple desconcierto. Un par de pasos más en el aire y pronto estuvo en mitad de la calle. No es tan difícil, pensó. Giró la cabeza hacia la derecha y su cuerpo repitió el movimiento como si hubiera accionado un comando. Hizo otros tanteos y advirtió que si elevaba las manos salía proyectado hacia arriba y en caso contrario descendía.

No le costó mucho descubrir que podía flotar con más comodidad si se colocaba en posición horizontal. Y comprendió que la velocidad se hallaba en función de la mayor o menor energía con que movía su cabeza y extremidades. Continuó probando hasta que decidió que estaba listo para ejecutar un pequeño vuelo. Nada muy arriesgado. Se limitaría a volar alrededor de la casa.

Emprendió su vuelo de reconocimiento a baja velocidad y a ras de la azotea, como el aprendiz de natación que no se separa del borde de la piscina. Dio una vuelta lenta, sin ningún contratiempo. Entonces se le ocurrió descender por la fachada, a la altura de la segunda planta, y se aproximó a las ventanas del cuarto de Roberto, que dormía boca arriba y seguía roncando. ¿Por qué no entrar?, pensó. La casa era una de esas edificaciones antiguas, de techos altos y habitaciones amplias. No sería tan difícil maniobrar dentro de ella. Se deslizó con sigilo por la ventana abierta,

agitando las manos y los brazos con gestos parecidos a los de un buzo. Primero planeó alrededor de la cama y luego bajó hasta medio metro del suelo y llegó hasta la cabecera. No pudo reprimir las ganas de hacerle una caricia al durmiente y le rozó los cabellos. Roberto se hallaba en la adolescencia y sus relaciones con él distaban de ser las mejores. Es verdad que el muchacho había sido testigo de algunos de sus excesos y, como era de esperar en un hijo único, había adoptado una complicidad con su madre, en franca oposición a su comportamiento extravagante.

Santiago abandonó la habitación y enfiló por el pasillo, donde casi tropezó con una lámpara sin encender que pendía del techo. Quería dar una vuelta por el cuarto de su mujer. ¿Qué pasaría si se despertaba? ¿Pegaría un alarido? ¿O intentaría derribarlo de un manotazo como si fuera un moscardón nocturno? Santiago sonrió. Sabía que su mujer pensaba que era un poco raro, aunque no tanto como creía la gente. Y, si lo descubría en pleno vuelo, tal vez saliera corriendo despavorida a la calle.

Descendió hasta quedar suspendido sobre ella, tan cerca que podía sentir su exhalación. Si la despertaba, pensó de repente, ella podría darse cuenta de que no era un hombre cualquiera. Pero, ¿valía la pena? Lo más probable era que no entendiera nada. Además, lo asaltaba una duda. ¿Le estaría permitido compartir su don con los demás? ¿O desaparecería el encanto y se estrellaría contra el suelo? No obstante, pensó Santiago, ¿de qué servía tener la capacidad de volar si nadie iba a poder apreciarlo? Era injusto. Poseer un don tan maravilloso y tener que mantenerlo en secreto resultaba frustrante.

Santiago llegó a la conclusión de que necesitaba una prueba, algo que pudiera dar fe de su vuelo. Se acordó que hacía unos días el viento había arrojado la cometa de Roberto contra los cables del alumbrado, donde había quedado atrapada. Era una cometa hermosa y su hijo había lamentado mucho su pérdida porque él mismo la había diseñado y su

construcción había sido bastante laboriosa. Santiago había visto, desde la ventana de su estudio, los vanos intentos que el muchacho y sus amigos habían hecho para recuperar el barrilete.

Sí, era una buena idea. Roberto se alegraría al saber que su padre también podía alejarse un rato de sus papeles y dejar de fastidiar con sus preocupaciones sobre el bloqueo de su imaginación para acometer con éxito algo tan práctico y corriente como rescatar una cometa atascada. Santiago se impulsó fuera de la habitación y se elevó hacia el tendido eléctrico y sobrevoló en torno a la cometa, examinando cómo podía liberarla. Tal como había sospechado, los sucesivos golpes de viento habían enredado aún más la cola. Sabía que mientras no tuviera contacto con la tierra no habría mayor riesgo, pero tenía que ser cuidadoso. Resolvió tomarse un respiro antes de proceder, de modo que voló de vuelta a la azotea y dejó que sus pies se posaran sobre el muro.

Santiago se sentía pleno, dueño de una íntima certidumbre que siempre le había sido ajena. Desde arriba, todo parecía distinto. Los mil ojos de la noche, menudos y brillantes como salamandras, bullían alrededor de él. Oteó el cielo vasto y limpio y por primera vez creyó entender el mundo, esa vida que se agazapaba bajo la oscuridad, todos esos gritos sofocados, todas esas miradas crispadas, todos esos deseos que aguijoneaban a los hombres. Él velaba el sueño de la ciudad y la noche se desplegaba y le tendía una mano gigantesca para recogerlo y llevarlo por los aires.

Un reflejo instintivo lo hizo volverse. Entrevió una figura a unos cuantos metros del muro, camuflada por la penumbra. Se ajustó los anteojos y reconoció a su mujer. Vestía una bata blanca y lo escrutaba con una expresión rara. Santiago sintió un zumbido en el oído y pensó que era una suerte de alarma. Sí, todo podía arruinarse. Alzó una mano y le hizo a su mujer una señal para que retrocediera.

—La cometa —dijo él.

—¿Qué dices? —preguntó ella.

—Vete —murmuró él, elevando ahora la otra mano.

—¿Qué haces ahí parado, Santi? —dijo ella, con mucha suavidad.

—Vete, vete —repitió él, aunque sus palabras le sonaron débiles, lejanas.

Una garra le estrujó el estómago y sus labios se curvaron en una mueca de dolor.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? —dijo ella, dando un paso adelante.

Santiago balbuceó algo pero era como si tuviera arena en la boca. Sus ojos se humedecían sin que pudiera controlarlo. Sentía una fuerte presión en la nuca, un lastre que doblegaba su cuello y sus hombros y oprimía su espalda. Su cuerpo volvía a ser lento y pesado. La vaharada de calor estival que inundaba el aire le hacía difícil respirar. Pronto empezó a distinguir los ruidos de la calle y, cuando el brusco sonido de un jet atravesó la noche, cerró los ojos y se cubrió los oídos. Al hacerlo onduló hacia atrás y su cuerpo tambaleó sobre el pretil.

—¡Santiago! —gritó su mujer, pero él ya había recuperado el equilibrio.

—¿Qué pasa, mamá? —oyó la voz de Roberto.

Santiago miró a su hijo. Tenía el pelo alborotado y sólo llevaba la parte inferior del pijama.

—¿Qué está haciendo papá? ¿Otra vez está borracho?

—Cállate, Roberto —dijo ella con firmeza, aunque sin alzar la voz.

—Y no te muevas —agregó. Luego se dirigió a su esposo y le habló con un tono suplicante:

—¿Por qué no bajas? Está empezando a refrescar...

Santiago apretó los dientes con fuerza. Una lágrima se escurría por su mejilla derecha. Todo estaba perdido.

—Baja, por favor —insistió ella, con una voz que parecía a punto de quebrarse. —Hazlo por mí. Baja de ahí y vamos a acostarnos.

Él meneó la cabeza varias veces, sin decir nada. Después hundió el mentón en el pecho.

Ella estiró una mano y comenzó a avanzar hacia él, muy lentamente, como si anduviese con los pies desnudos sobre un suelo regado de vidrios rotos.

Santiago permanecía inmóvil, mirando hacia abajo, con los brazos caídos. Cuando ella llegó donde él y le agarró la mano tuvo la sensación de que cogía un pez inerte y helado. Luego giró hacia su hijo y le dijo:

—¿Puedes acercarte ahora, Roberto?

El muchacho asintió. Estaba un poco alelado, como si aún no acabara de emerger del sueño. Tomó a su padre de la otra mano y, entre ambos, lo hicieron bajar del muro. Santiago se dejó llevar como un autómata.

—La cometa —murmuró entre dientes.

—¿Qué dice? —le susurró Roberto a su madre, quien se limitó a negar con la cabeza.

—La cometa —repitió el hombre, mientras su hijo lo sujetaba de la cintura y hacía que tendiera el brazo alrededor de su cuello.

En ese momento, Roberto recordó las innumerables veces que su madre lo había sacado de la cama en mitad de la noche. Su padre se había quedado dormido en el sillón de su estudio, con la cabeza inclinada frente a la pantalla en blanco de la computadora y el vaso aún la mano. Entonces, entre sueños, el muchacho ayudaba a su madre a levantarlo y juntos lo llevaban a rastras hasta el dormitorio.